

¿Rectificación o reedición?

CREO que uno de los más insoslayables imperativos para todos los sectores políticos democráticos del país estriba en la autocrítica objetiva y eficaz que cada cual debe hacer respecto de sus propias conductas de las últimas décadas.

En ese convencimiento, que parece admitirse cada vez en forma más generalizada, diversos dirigentes demócratacristianos han reconocido que —con el inicio de su gobierno en 1964— Chile entró en una sucesión de experimentos demasiado ideologizantes.

La fe mítica en la propia ideología hizo que ésta se mirara como una verdadera panacea. El ideologismo condujo así a sucesivos ensayos globalizantes que pretendían encerrar, bajo diversas fórmulas, soluciones integrales, compactas e intransables para todos los problemas del país.

Así, el slogan demócratacristiano de 1964 "todo tiene que cambiar" fue el antecedente lógico de su consigna de "no transar ni una línea de su programa presidencial ni por un millón de votos". Y resultó natural que el corolario de su triunfo en esa fecha fuera la mesiánica afirmación de que allí se iniciaban "treinta años de gobierno demócratacristiano".

IDEOLOGISMO globalizante y actitud mesiánica, dos rasgos que habían caracterizado todo el historial demócratacristiano, desde sus orígenes como Falange Nacional.

La Unidad Popular aprovechó tal clima para robustecer el aura de su utopía totalitaria e irreversible ante una ciudadanía seducida por el atractivo de los mesianismos.

Me parece indispensable consignar que, a mi juicio, la dinámica globalizante —si bien con caracteres y grados muy diversos— alcanzó también a algunos aspectos o etapas de la actual gestión gubernativa.

Sin embargo, el objetivo de estas líneas no es el de una comparación entre los últimos tres gobiernos en la materia. Sólo pretendo apuntar aquí a



una interrogante que pudiera favorecer una reflexión constructiva de la dirigencia demócratacristiana.

Me preocupa advertir que la pública autocrítica de esos dirigentes partidarios acerca del excesivo ideologismo globalizante y mesiánico que los inspiró en la década del 60, pudiera ser sólo una sana intención, no traducida en una objetiva conducta rectificadora.

En efecto, superar el referido mal supone un realismo lo más objetivo

que se pueda. Requiere armonizar la solidez de principios con su adaptación pragmática a las posibilidades concretas que ofrece el cuadro político-social al cual se pretenda aplicarlos. Exige distinguir entre la transacción flexible inherente a la democracia y las componendas politiqueras o espurias. Y reclama, sobre todo, saber justipreciar las realizaciones y los argumentos del adversario.

ES en esto último donde la actual actitud de las cúpulas demócratacristianas no parece diferenciarse de la que observaron hace veinte años, cuando descalificaban en forma absoluta al Gobierno de don Jorge Alessandri.

La dirigencia demócratacristiana que hoy juzga al actual Gobierno como "una década inútil" (llegando don Gabriel Valdés a sostener sarcásticamente que de ella no habrá otro legado positivo que la carretera austral) incurre en una crítica globalizante, carente de todo asomo de objetividad.

Y la crítica globalizante genera —quizás inadvertida pero inevitablemente— subsecuentes soluciones también globalizantes. No existiendo equilibrio para juzgar la realidad, nada favorece la ponderación y el realismo en las alternativas que se propongan. Nada augura que no se reedite una conducta mesiánica. Porque cuando la crítica es apocalíptica, la solución que se propicia tiende a ser mesiánica.

“La dirigencia demócratacristiana incurre hoy en una crítica globalizante... Y cuando la crítica es apocalíptica, la solución que se propicia tiende a ser mesiánica”...
